



REVISTA DE LOS CAZADORES.



APUNTES SOBRE ARMAS Y CAZA.

Quando un joven aficionado trata de hacerse cazador, lo primero que debe adquirir es una buena escopeta. Sentado este principio, vamos á ver qué circunstancias son las que se han de buscar en el arma: como cazador viejo, aunque no tengo pretensiones de enseñar nada á mis contemporáneos, muchos de los cuales tendrán más conocimientos en la materia y más práctica que yo, creo que las observaciones y las experiencias de una carrera de más de un tercio de siglo, con algunos estudios especiales sobre el asunto, podrán servir de algo á mis jóvenes compañeros en afición. Por lo tanto, aunque me es más fácil manejar las armas que la pluma, les pido indulgencia para mi tosco y rústico estilo, y que no vean en mis pobres escritos más que el buen deseo de evitarles algunos peligros y ahorrarles algun trabajo en saber distinguir las ventajas de unos métodos sobre otros, diciéndoles lo que he notado durante treinta y cinco años.

Entrando, pues, en materia, digo que las primeras cualidades de un arma deben ser, grande alcance, llevar la munición bien re-

partida, y ser de un peso relativamente ligero proporcionado á las fuerzas del cazador. Hay muchos que creen que una escopeta, para ser segura, tiene que ser muy pesada; mientras otros quieren que pese poco más que una caña. Los dos extremos son viciosos, pues se ven con frecuencia cañones muy gruesos que no ofrecen garantía de no reventar, mientras que otros muy delgados resisten mucho más por ser contruidos con más esmero y mejor material. Lo que se debe buscar en los cañones es una solidez razonable, y que el peso sea proporcionado á su calibre, pues los muy pesados cansan al que los lleva un dia entero, le alteran el pulso, y cuando se ofrece tirar, como le tiembla, es más que probable el errar la pieza.

Si la escopeta es demasiado ligera (para su calibre), suele dar culatazos que además de hacer daño, descomponen y levantan el tiro, dando el mismo resultado que las muy pesadas; y además acobardan á los principiantes (y á veces á los que no lo son), haciéndoles contraer la costumbre, difícil luego de desarraigar, de no tirar con calma y serenidad del gatillo y de cerrar involuntariamente los ojos al disparar por un efecto natural nervioso, perdiendo por ello la di-

receion de la pieza, y teniendo que tirar el segundo tiro con precipitacion. No hay que equivocarse la prontitud en el tiro, que es de las mayores ventajas de un buen cazador, con el apresuramiento atolondrado, que es peligroso para los compañeros y los perros, y sólo provechoso á la caza, que por casualidad padecerá siendo tirada así.

Una escopeta de calibre 16, debe pesar por término medio siete libras, siendo los cañones de buena clase y fabricacion. El que sea de muchas piezas puede aumentar el peso y el calibre, como lo he visto hacer á muchos en Inglaterra, donde los hombres son muy robustos y los terrenos en su mayor parte ménos trabajosos que en España; pero para este país y para la caza en general (sin contar las clases que requieren armas especiales), es mi opinion humilde que no se debe pasar de este peso y calibre en escopetas de dos cañones, que creo sean las únicas que se debe proponer usar el cazador aficionado. Los que quieran llevar ménos peso, harán bien en tomar armas de menor calibre, pues estas, por su menor carga, ofrecen igual seguridad en menor peso, y rechazan ménos con proporcion á ella. El que esto escribe ha usado armas de todos pesos y calibres para toda clase de caza; y para la ordinaria, ó sea de liebre, conejo, perdiz, chocha, codorniz, gangas y becasiñas, con lo que mejor le ha ido ha sido con escopetas del calibre 20 francés, cargadas con dos adarmes y medio de pólvora y una onza de plomos, y del peso de seis libras y media á siete ménos algunas onzas.

Los cañones, sea su calibre el que se quiera, deben tener 48 diámetros del mismo por longitud, hasta 18 adarmes; pero despues de este calibre se les debe añadir además un diámetro por adarme hasta los 32, pasado los cuales ya se entra en las armas especiales, de las que se debe tratar por separado (1).

(1) Como despues de los 20 adarmes, la longitud de los cañones sería embarazosa y produciría un peso insufrible, á ménos de sacrificar las cualidades de tiro pasada la distancia de 40 varas, el que quiera usar tales calibres hará bien en llevar escopeta de un cañon, á ménos que sólo quiera usarla en cotos espesos y en ojeos, en cuyo caso puede ser el arma lo corta que se quiera, pero nunca valdrá nada para otros usos, y aun para estos no dará mejores resultados que los calibres regulares.

La montura de la escopeta, para guardar la proporcion debida con quien la haya de usar, debe ser bastante larga; á fin de que puesta la mano en la garganta y el dedo índice sobre el gatillo ó disparador de adelante, y doblado el brazo como cuando se lleva el arma en caza, venga á igualar la parte superior de la cantonera con la extremidad del codo. Si es más larga, puede tropezar en el pecho antes de llegar al hombro al echarse el arma á la cara de repente para un tiro á tenazon; si es más corta, amorrará siempre la escopeta, á ménos de alargar demasiado el brazo que sostiene los cañones, lo cual hace contraer la costumbre de apuntar demasiado, de modo que aunque al primer tiro se halle la pieza á jurisdiccion, al segundo ya está fuera de ella, y se va mucha caza, que por estropeada y no cobrada sólo aprovecha á las alimañas del campo.

La posicion de las manos (digan lo que quieran los que han adquirido otra costumbre), es la una en la garganta de la escopeta, con el índice sobre el gatillo y el pulgar sobre los martillos (para que un movimiento brusco por un tropiezo ú otra causa, no dé lugar á que salga sin querer un tiro), y la otra apoyada sobre el guardamonte.

Hay en este método varias ventajas, de las que una, aunque la ménos óbvia para el que no medite, es que, si por casualidad revienta el cañon, como la mano se halla detrás del punto donde suele suceder esto, y en direccion inferior, siendo el impulso del estallido en los más casos, lateral ó hácia arriba, es casi seguro que se libraré de la explosion, lo que no sucede estando el brazo extendido. Algunos conocidos míos han perdido manos ó brazos por no seguir esta regla, mientras que yo, por no abandonarla, puedo escribir estos apuntes.

Otra ventaja es que las manos así reunidas en el punto de equilibrio del arma, y ejercitando simultáneamente sus fuerzas al levantar la escopeta al encare, proporcionan un movimiento más rápido, y estando bien montada el arma, se encuentra en el acto dirigida hácia la pieza que se desea tirar, y como el primer golpe de vista es el más seguro, se puede tirar á tenazon sin esperar á más sino que se cruce el punto con la pieza. Además, esta posicion tiene la ventaja

receion de la pieza, y teniendo que tirar el segundo tiro con precipitacion. No hay que equivocarse la prontitud en el tiro, que es de las mayores ventajas de un buen cazador, con el apresuramiento atolondrado, que es peligroso para los compañeros y los perros, y sólo provechoso á la caza, que por casualidad padecerá siendo tirada así.

Una escopeta de calibre 16, debe pesar por término medio siete libras, siendo los cañones de buena clase y fabricacion. El que sea de muchas piezas puede aumentar el peso y el calibre, como lo he visto hacer á muchos en Inglaterra, donde los hombres son muy robustos y los terrenos en su mayor parte ménos trabajosos que en España; pero para este país y para la caza en general (sin contar las clases que requieren armas especiales), es mi opinion humilde que no se debe pasar de este peso y calibre en escopetas de dos cañones, que creo sean las únicas que se debe proponer usar el cazador aficionado. Los que quieran llevar ménos peso, harán bien en tomar armas de menor calibre, pues estas, por su menor carga, ofrecen igual seguridad en menor peso, y rechazan ménos con proporcion á ella. El que esto escribe ha usado armas de todos pesos y calibres para toda clase de caza; y para la ordinaria, ó sea de liebre, conejo, perdiz, chocha, codorniz, gangas y becasinas, con lo que mejor le ha ido ha sido con escopetas del calibre 20 francés, cargadas con dos adarmes y medio de pólvora y una onza de plomos, y del peso de seis libras y media á siete ménos algunas onzas.

Los cañones, sea su calibre el que se quiera, deben tener 48 diámetros del mismo por longitud, hasta 18 adarmes; pero despues de este calibre se les debe añadir además un diámetro por adarme hasta los 32, pasado los cuales ya se entra en las armas especiales, de las que se debe tratar por separado (1).

(1) Como despues de los 20 adarmes, la longitud de los cañones sería embarazosa y produciría un peso insufrible, á ménos de sacrificar las cualidades de tiro pasada la distancia de 40 varas, el que quiera usar tales calibres hará bien en llevar escopeta de un cañon, á ménos que sólo quiera usarla en cotos espesos y en ojeos, en cuyo caso puede ser el arma lo corta que se quiera, pero nunca valdrá nada para otros usos, y aun para estos no dará mejores resultados que los calibres regulares.

La montura de la escopeta, para guardar la proporcion debida con quien la haya de usar, debe ser bastante larga; á fin de que puesta la mano en la garganta y el dedo índice sobre el gatillo ó disparador de adelante, y doblado el brazo como cuando se lleva el arma en caza, venga á igualar la parte superior de la cantonera con la extremidad del codo. Si es más larga, puede tropezar en el pecho antes de llegar al hombro al echarse el arma á la cara de repente para un tiro á tenazon; si es más corta, amorrará siempre la escopeta, á ménos de alargar demasiado el brazo que sostiene los cañones, lo cual hace contraer la costumbre de apuntar demasiado, de modo que aunque al primer tiro se halle la pieza á jurisdiccion, al segundo ya está fuera de ella, y se va mucha caza, que por estropeada y no cobrada sólo aprovecha á las alimañas del campo.

La posicion de las manos (digan lo que quieran los que han adquirido otra costumbre), es la una en la garganta de la escopeta, con el índice sobre el gatillo y el pulgar sobre los martillos (para que un movimiento brusco por un tropiezo ú otra causa, no dé lugar á que salga sin querer un tiro), y la otra apoyada sobre el guardamonte.

Hay en este método varias ventajas, de las que una, aunque la ménos óbvia para el que no medite, es que, si por casualidad revienta el cañon, como la mano se halla detrás del punto donde suele suceder esto, y en direccion inferior, siendo el impulso del estallido en los más casos, lateral ó hácia arriba, es casi seguro que se libraré de la explosion, lo que no sucede estando el brazo extendido. Algunos conocidos míos han perdido manos ó brazos por no seguir esta regla, mientras que yo, por no abandonarla, puedo escribir estos apuntes.

Otra ventaja es que las manos así reunidas en el punto de equilibrio del arma, y ejercitando simultáneamente sus fuerzas al levantar la escopeta al encare, proporcionan un movimiento más rápido, y estando bien montada el arma, se encuentra en el acto dirigida hácia la pieza que se desea tirar, y como el primer golpe de vista es el más seguro, se puede tirar á tenazon sin esperar á más sino que se cruce el punto con la pieza. Además, esta posicion tiene la ventaja

de cansar ménos al cazador, puesto que las dos manos juntas forman un triángulo, que con un pequeño apoyo de las manos sobre la canana ó cinto de caza, hace que el peso se lleve más bien con los hombros que con las muñecas, ó sea á pulso: y la prueba de esto es que mientras los que se han acostumbrado á llevar las manos separadas han tenido que apelar á los ganchos de cintura para relevar sus brazos, los que seguimos el otro método no los usamos; y además, que si el gancho no está bien sujeto á la cintura es muy fácil que se venga tras la escopeta al echársela en cara, deteniéndola antes de llegar al hombro, y saliendo el tiro antes de tiempo con detrimento de las narices del cazador y gran contento de la caza, que oye pasar los plomos á veinte pasos de su cuerpo.

En cuanto á la fuerza de los muelles, yo sólo diré que debe tener la de siete á siete y media libras, y si este peso colgado del martillo lo mantiene montado al tirar del gatillo estando el arma vertical, me doy por satisfecho de que no me ha de faltar ningún pistón de Gevelot, de los que se llaman *canneles*, *sendues á bombés*, y que costando la mitad que los ingleses, son *por lo ménos* tan buenos. He gastado, con ayuda de varios amigos, más de treinta millares de estos en todas estaciones, y aún no nos ha dado falta uno sólo. Con respecto á la fuerza del gatillo disparador, diré que yo pongo la escopeta sobre el suelo perpendicularmente, monto las llaves y pongo pistones para no lastimar las chimeneas; estando así boca abajo, en equilibrio, la levanto con precaución tomándola por el gatillo, y para estar bien (á mi gusto), ha de estallar el pistón al perder tierra la escopeta, no antes, en cuyo caso está suave además el disparador, ni despues porque entonces está demasiado duro. (1)

Con respecto á la caja ó montura, indicaré cuál es mi teoría: dada la línea horizontal del cañon, en su parte superior, tírese otra por debajo del mismo, que represente su línea ó cara inferior; esta debe ser el asiento

(1) Lancaster (y algunos armeros ingleses y extranjeros que los imitan), suele dar á sus gatillos una resistencia de cuatro libras; pero á mi me parece que es mejor y más seguro que sean un poco más duros, por lo ménos unas seis libras.

del cañon, y la prolongacion de ella la parte superior de la maza ó culata, detrás de la garganta hasta la cantonera, sin hacer mérito de la curva de la garganta, que tiene que ser á proporcion del cuello del cazador; lo cual le dará bastante inclinacion hácia abajo sin que pierda gran cosa de la línea recta que debe desearse para resistir mejor el rechazo, y que proporciona el suficiente desahogo para la línea de puntería. Determinado por la medida del codo lo largo de la parte superior de la culata, tírese un ángulo de treinta grados, ó sea recto, desde la prolongacion de la línea superior (encima de los cañones) hasta el fin de la culata, pasando por la parte de arriba de la cantonera hasta la uña ó parte opuesta inferior, y el ángulo que resulte es el que conviene para el arma, segun las medidas de cada uno, y aunque sobresalga más la uña no será peor.

M.

(Continuará.)

EL ALMIZCLERO.

Vamos á hacer una lijera reseña de uno de los rumiantes más notables, añadiendo algunas palabras acerca de su caza.

El almizclero es un animal bastante hermoso, del tamaño de un cabrito; tiene el pelo grosero, de color castaño, leonado y blanquizco; los caninos, muy aparentes, sobresalen de la boca, y en lugar de cola presenta un simple abultamiento. Tiene debajo del cuello, hasta la parte anterior del pecho, dos fajas blancas orilladas de negro, que encierran entre ellas otra negra.

Se halla este animal en toda el Asia, y en especial en la China, en el Tibet, en el Perú y en la Tartaria: tiene una especie de bolsa de dos á tres pulgadas de ancho debajo del ombligo, de cuyas paredes segrega cierto humor odorífero, que forma una masa de consistencia seca, que se conoce en el comercio y en la perfumería con el nombre de *almizcle*. La fama de que goza este animal, desde muy antiguo, la debe enteramente á dicho aroma, y por causa del mismo se le ha hecho siempre una guerra incesante.

El almizclero vive tan sólo en las cumbres de los montes altos y peñascosos, donde su carrera tiene toda la lijereza del gamo. Sus pezuñas posteriores, que son muy largas y divisibles, le permiten andar con mucha seguridad y firmeza: traspasa los más terribles despeñaderos, y salta de un risco á otro con una precision que prueba un ojo tan certero como robustos son sus jarretes. El cazador no puede seguirle en

los variados lances de su fuga, pues además corre en los llanos con igual velocidad y atraviesa fácil y rápidamente los ríos. Se alimenta en invierno con líquen, y en verano con raíces que desentierra con los pies, arrancándolas con sus largos colmillos, y con hojas de ciertos arbustos.

Los almizcleros son muy tímidos, y pasan su vida como la liebre, en un continuo sobresalto. Durante el día se ocultan en lo más espeso de los bosques, y sólo por la noche salen á satisfacer sus necesidades naturales. Estos hábitos son causa de que los cazadores trabajen mucho para encontrarles hasta en las comarcas donde más abundan. Por lo regular viven aislados; pero en Noviembre entran en celo y se juntan en manadas para ir en busca de las hembras: en estas ocasiones olvidan su natural cobardía, y se traban entre ellos furiosos combates de los que muchos se retiran con graves heridas, y algunos con pérdidas de los colmillos. Entónces es cuando se les caza; porque es fácil sorprenderlos y hacerlos caer en los lazos que se les tienden. En dicha época su carne, muy estimada de los cazadores, es más jugosa y delicada.

Fuera de la época del celo, en la que se suelen aprovechar muy bien los tiros, es bastante difícil darles alcance, pues aunque á fuerza de paciencia y de cuidado suelen verse algunos cuando á la madrugada se retiran á lo más espeso de los bosques, tienen, además de su extraordinaria agilidad, mucha astucia para librarse de los cazadores y de los perros. Sucede con mucha frecuencia que cuando huyen de sus perseguidores y ven que sus rodeos y agachadas no son bastante para que aquellos pierdan la pista, se arrojan de un salto prodigioso á una rama alta de un árbol, de la que quedan suspendidos por los dientes, y en cuanto pasa la jauría se dejan caer y se lanzan velozmente por el camino inverso. Contra la estrategia del almizclero suelen los traficantes tártaros presentar otra estrategia, que consiste en llevar á alguna distancia de la primera jauría otra segunda seguida de diestros tiradores, que atacan al *rumiante* cuando este cree ir alargando la distancia que le separa de sus perseguidores.

Han sido inútiles cuantos ensayos se han hecho para domesticar á los almizcleros, pues se niegan á procrear, manifiestan aburrimiento y tristeza, y es difícil su alimentación, por lo cual mueren generalmente de debilidad.

Cuando los cazadores matan alguno de estos animales, le quitan en el momento su *bolsa de almizcle*, cierran su abertura con un bramante y la ponen á secar á la sombra, en cuyo estado circulan por el comercio en la mayor parte de los Estados de Europa.

Como las hembras no tienen almizcle, ni

siquiera bolsa, las cacerías más importantes se hacen cuando, en la época del celo, los machos se reúnen en manadas.

UN DESEO.

Hoy termina la temporada de las cacerías con motivo de la veda, y los que como el que suscribe no sean aficionados á la caza de reclamo de perdiz, pueden guardar los útiles y armas hasta que las codornices nos vengan á proporcionar diversion.

Durante mis cacerías en los varios sitios en que las he verificado, y muy particularmente en el Real Sitio del Pardo, que es el que más he frecuentado, no he dejado de ver algunos lobos, zorras, águilas, etc., y aún se me ha presentado ocasion de ver y poder matar una gran culebra, que indicada por los perros recibió la muerte al primer disparo de mi escopeta.

Tenia aquella nueve pies y medio de longitud y un grueso proporcionado, y no dejé de felicitarme de dar tan buen empleo al tiro que la dirigí, pues es bien sabido que este reptil es enemigo cruel de la caza; prueba de ello que ha habido ocasion de matar una culebra y sacarla dos, tres ó más gazapillos que se habia tragado, y que en tiempo de las crias de las perdices se suelen apoderar de los nidos, destruyendo cuantos huevos encuentra en ellos.

Tambien he tenido ocasion de ver á una hermosa águila, que perseguía con la mayor constancia á una indefensa liebre, la que á no ser por nuestra casual aparicion hubiera sido víctima de sus garras; pero la inesperada detonacion de un tiro vino á destruir las esperanzas del águila que llevaba ya casi segura su presa.

En este hermoso sitio abundan toda clase de alimañas; y su administrador, segun tengo entendido, ha solicitado del jefe superior de Palacio la autorizacion competente para dar batidas de lobos y zorras, así como para destruir toda clase de animales dañinos. Creo este pensamiento altamente laudable, pues sabido es el daño que hacen todas estas alimañas, siendo muy frecuente encontrar reses devoradas por los lobos.

Si la batida llega á realizarse, el que escribe estas mal trazadas líneas cree que obraría muy acertado el Sr. Hidalgo en invitar á sus amigos á fin de realizar una gran expedicion que ofreciera buenos resultados, en la seguridad de que todo aquel que tenga la dicha de ser invitado asistirá gustoso para poder contribuir por todos los medios que estén á su alcance á la extincion de toda clase de alimañas, que tanto perjudican al fomento de la caza, pues como sabe el señor administrador de este Real Sitio, por su gran experiencia de cazador antiguo, cuan-

LA CAZA.



Tomo 2.º

Lit de S. Gonzalez S.ª Clara, 8 Madrid

CAZA DEL ALMIZCLERO.

Ayuntamiento de Madrid



to mayor sea el número de escopetas hay más probabilidades de mejor éxito.

Ojalá se realice en dicho Real Sitio una gran batida, y sea esta precursora de otras de igual índole en algunas de las grandes propiedades de España, desarrollándose la afición á esas brillantes cacerías que tienen efecto en otros países, y que en épocas no lejanas se han verificado en el nuestro con beneficio de la caza y de la ganadería.

LUIS ORTEGA.

UNA CACERÍA DE ELEFANTES. (1)

Por la mañana del 1.º de Junio, antes de salir el sol, Mollyeon y yo (2) fuimos á pié á la fuente á ver si habían ido elefantes á beber. Diez machos habían acudido, y todos se habían ido juntos en direccion al Sudoeste; esto era soberbio. Partí por el rastro en compañía de cinco indígenas y Kleinfeldt por caballerizo, montado en «Dreadnouht.»

Yo llevaba ocho de mis perros, todos ellos sujetos con cuerdas, y montaba «Schwartland,» mi mejor caballo de caza. Después de seguir el rastro cinco millas, nos hallamos bajo el aire del elefante que había muerto el sábado, y aquí sus compañeros habían olfateado la sangre, y habían huido espantados, corriendo en línea recta hacia el Sur-Sudoeste por terreno descubierta. Se metieron en una senda vieja de elefantes, siguiéndola durante muchas millas sin detenerse á romper una rama ni á labrar el suelo.

El jefe de los indígenas dijo que no esperaba verlos; y yo seguramente era de su opinion.

Al fin llegaron á un terreno de espeso arbolado, y aunque seguían fijamente contra viento, se habían parado algunas veces á comer. Aquí levanté un «oryx» (3). Pronto alcanzamos la orilla de un claro muy espacioso donde el rastro tomaba hacia el Este.

Seguimos unos centenares de pasos, cuando tuvimos el inesperado placer de ver al poderoso escuadron formado en guerrilla en el monte claro, á doscientas varas delante de nosotros. Unos estaban inmóviles como estatuas, otros se paseaban lentamente comiendo los retallos de los árboles.

La manada consistía de diez machos, ocho de ellos de tres cuartas partes de su total

desarrollo; los otros dos eran enormes machos viejos en magnífico estado. Hicimos alto, dimos agua á los perros, y yo di la vuelta despacio á los elefantes para ver cuál era el mejor. Después de cruzar dos veces por enfrente de ellos, todos como por comun acuerdo se encaminaron hacia mí, llegando hasta cuarenta pasos de distancia, presentándome una excelente ocasión de elegir. Al fin me vieron, y tocando alarma (1) huyeron todos á la vez muy asustados. Me puse á galope sobre su costado para concluir de escoger, y elegí el mayor elefante. Tuve alguna dificultad en separarlo de sus camaradas, varios de los cuales eran extremadamente fieros, y corriendo trompeteando y con las colas levantadas en alto. Por fin lo aparté: todos mis perros se habían dispersado á derecha é izquierda siguiendo á otros elefantes, y «Dreadnouht» se me incorporó al galope, habiendo tirado á mi escudero, que no lo pudo coger.

Mi elefante, oyendo los ladridos y trompeteos por todos lados, se paró bajo un árbol frondoso, con la cabeza erguida y dándome frente; pero luego, volviéndose de costado, le solté un tiro tras otro al codillo; y oyendo los perros los tiros, vinieron en mi auxilio. El combate se hizo entonces rápido y encarnizado, y tuve una interesante lucha con este hermoso y viejo elefante. Mi caballo se portó perfectamente y la atención y furia de la fiera se dirigía principalmente á los perros, que lo acosaban bien; fué el elefante más duro de rematar de cuantos he lidiado. Le di treinta y cinco balazos, todos en el codillo y detrás de la paletilla, descargados á distancia de quince á treinta varas, antes que se parase para morir. Al fin su paso se hizo muy lento; la sangre corría de su trompa y de todas sus heridas, empapando la tierra que iba pisando; su cuerpo sufría fuertes estremecimientos, se abría y cerraba su boca, sus lábios temblaban, sus ojos se llenaron de lágrimas, se paró junto á un árbol espinoso, y volviéndose atrás, se meció, se tambaleó algunos instantes, y cayendo pesadamente, espiró. Los indígenas nos alcanzaron, y ofreciéndome buscar á mi caballo «Dreadnouht», volvimos á Massoney después de una hora de descanso.

M.

CAZA DE UN GORILLA

Un geólogo francés, M. A. Berthiol, gran cazador de fieras y que hace algun tiempo se encuentra en Gabou (Africa), acaba de enviar detalles sobre un gorilla que ha hecho prisionero, el cual ofrece, al parecer, un re-

(1) Tomado del *Diario* de R. Gordon Cumming por un antiguo condiscípulo suyo.

(2) La escena pasa en Cafrería, en el Sur de Africa, donde pasó cinco años cazando y manteniendo con los restos de su caza á tribus enteras.

(3) El oryx es un antílope que dió motivo con sus retratos pintados de perfil, en cuya posición se confundían sus dos cuernos en uno, á la fábula del unicornio.

(1) Los ingleses comparan los gritos del elefante con el sonido de la trompeta.

gular ejemplar de esos *hombres de los bosques*, tan bien descritos por M. Paul de Chaillu.

El gorilla es más grande que el orang-utang; mide hasta tres varas de altura, y su fuerza muscular es considerable. Hállase bastante repartido por los bosques del Africa occidental, país muy conocido de M. Berthiol.

Avisado este en el mes de Noviembre último de que se había visto un gorilla por los alrededores de un campamento, púsose inmediatamente en su busca, acompañado de muchos negros. Anduvieron vanamente algunos días, hasta que una mañana, atravesando los cazadores un espeso bosque, oyeron á la distancia de 30 varas, como el ruido de ramas que crujían. Luego, de repente, un grito terrible les estremeció y heló de espanto. Es preciso haber oído el grito de un gorilla para poderse formar una justa idea de él.

«El ruido de este animal, dice M. Chaillu, es el sonido más extraño y descomunal á la vez que se puede haber oído; comienza con una especie de aullido gutural como el de un perro irritado; despues se cambia en un gruñido sordo que se parece al lejano rumor del trueno, de tal modo, que muchas veces creía que tronaba, cuando oía rujir á este animal sin que supiese era él. Otras veces su grito es único, penetrante y seco, semejante á una fuerte detonacion.»

Los cazadores prepararon las escopetas, y vieron al animal avanzar con precaucion á través del ramage, apoyándose sobre sus dos patas traseras y golpeando su pecho con sus dos fornidos brazos. Llevaba la cabeza levantada, y sus ojos resplandecían en medio de la semi-oscuridad que en el bosque había.

A quince pasos de M. Berthiol, paróse el gorilla y comenzó á dar rugidos prolongados. Sus puños cerrados amenazaban á los negros, y su boca abierta dejaba ver sus largos y afilados caninos. Un árbol jóven todavía, que se hallaba rodeado de ojarasca, le cerraba el paso; cogióle bruscamente, y le rompió derribándole despues. El animal pasó..... y en este momento Milo, jóven negro, comenzó el ataque, hiriéndole en la espalda, en el instante en que su pecho vigorosamente golpeado por sus puños resonaba como un tambor. El gorilla dió un salto hácia atras, arrojando un lastimero ladrido. Un momento despues levantóse de otro salto, marchó hácia adelante, y á la corta distancia de cinco pasos, un nuevo tiro vino á herirle en medio del pecho. Un ruido espantoso fué la señal de la lucha, y rápido arrojóse sobre un negro que evitó su furor dejándole el fusil entre sus manos. Aplastó el arma entre sus dedos, y arrojándola contra un árbol se hizo aquella pedazos. Mientras tanto un tiro de revolver mejor dirigi-

do derribó al animal, que rodeado con precaucion y cojido del cuello con ayuda de un lazo, fué colocado sobre ramas, de cuyo modo se trasladó al campamento. Parecía sufrir bastante á causa de las heridas, y sus aullidos más parecían de dolor que de furor.

M. Berthiol hizo encerrarle en una jaula donde todavía se mantiene cautivo, ruiendo cada vez que alguien se acerca, en cuyo caso tambien huye y se refugia en los rincones de aquella. Aunque gravemente herido, no se desespera de poderlo salvar, pues come bastante bien; actualmente anda todavía á cuatro piés; sus cabellos se erizan de cólera cuando un negro entra en la jaula, lo cual hace que la comida se le tenga que dejar distante, si bien es verdad que con los blancos no se presenta tan furioso como con los negros, por cuya razon piensa M. Berthiol que no le será difícil conservar-le y aun domesticarle.

LA ZEBRA.

Este hermoso paquidermo, habitante del Oriente y Mediodía de África, es quizá el más bello del infinito catálogo de los animales que pueblan el globo.

Su estatura, intermedia entre el asno y el caballo; su gracioso cuerpo franjado por cintas que atraviesan todas las partes de él, marcando los músculos y los contornos todos paralelamente, blancas y negras en la hembra, negras y amarillas en el macho, con un pelo fino y lustroso; su musculatura flexible que la hace tan rápida como el ciervo; sus orejas rectas y listoneadas como las demás partes del cuerpo; su cabeza y su rostro tan graciosos como los del caballo, todo hace que nos encante este animal y le proclamemos por el rey de las caballerizas.

Lástima y muy grande es que por más que lo han intentado los holandeses, no hayan conseguido todavía domesticarla completamente, pues aunque la han puesto en el tiro, su instinto feroz no ha permitido que se saque de él mucho provecho.

Muchos han co fundido á la zebra con el caballo, con el asno y con el onagro ó asno silvestre; pero la zebra solo se parece á estos animales en la forma del cuerpo y en la estatura, asi como tiene de comun con ellos el pertenecer á la familia de los *solípedos*; por lo demás, la zebra forma una especie separada y exclusiva con caracteres determinados y propios; la zebra no se une á ninguno de aquellos animales. Pruebas para conseguirlo se han hecho sin resultado en Versalles y en Holanda.

Sobre si la zebra se acerca más á la especie caballo ó á la especie asno, así como otras mu-

chas cuestiones, decidirán los holandeses que estudian la manera de aclimatar estos bellos cuadrúpedos.

Su caza no deja de tener interés; en ella se ocupan los indígenas para domarlos y dedicarlos á la carga y para tirar carretas, así como para venderlos á los holandeses.

Las zebras, lo mismo que los caballos, andan en piaras numerosas; se las coge por medio de lazos, y su caza ofrece algunas dificultades por su instinto bastante feroz.

S.

LA VEDA.

CRÓQUIS DE UNA ALEGORÍA.

El cielo está cubierto de negros y espesos mantos que cierran el paso á la luz; el vendabal ronca tronchando los troncos; las fieras braman en los bosques; el trueno ruge; el rayo se dibuja en el horizonte en fugaces luminarias; los copudos árboles se alzan y doblegan á la furia del huracán en fantásticas figuras; el granizo azota con fuerza las rocas que ruedan de monte en monte; los tigres, corren dando rugidos aterradores; sus ojos brillan como rayos y buscan su presa; hunden bajo sus plantas el embarrado pavimento de los bosques; alfombrado por las secas hojas que caen de los árboles y se revuelven en ráudo torbellino al impulso del furioso viento; los caballos relinchan al eco de sus cascos; los perros ladran; los tímidos pajarillos y los inocentes moradores de las llanuras se sobrecogen de espanto; á lo lejos el mar estrella sus iras contra las rocas, las embarcaciones zozobran y se apagan sus pálidas luces.

Suena magestuosa la trompa; sus ecos, repetidos por la naturaleza, dominan los bramidos de la tempestad; la oscuridad se disipa de súbito; el cielo se desembara de los negros capotes; el sol, oculto tras densas nieblas, envía sus reflejos á la tierra.

La naturaleza se presenta cubierta de un manto blanco de nieve; sopla suave el aire helándose al besar las nevadas ramas; los pájaros vuelan por encima de la blanca sábana; el león, el oso, el tigre, el lobo... marcan sus huellas en la blanda alfombra de la tierra. La trompa de caza llena de nuevo con sus ecos los bosques y los prados; los perros corren en todas direcciones en numerosas jaurías siguiendo el rastro de un jabalí; los caballos galopan resbalándose al plantar sus cascos en la nieve; los látigos chasquean, y aparece en una eminencia una cabalgata compuesta de hombres y de mujeres, vestidos todos con lindos y ajustados trajes; las anchas hojas de los cuchillos de monte brillan colgadas de sus cinturas; sus sedosos cabellos, que caen sobre la espalda en largos y rizados bucles, flotan al soplo del aire.

Por doquier se oyen los ladridos de los perros, el galopar de los caballos, los silbidos y las voces de los cazadores, los ecos de alarma de las trompas, el estruendo de las escopetas, los gruñidos de los jabalíes, los bramidos de las fieras, que ruedan de roca en roca bañadas en su propia sangre.

La cabalgata sigue su batida, y los pájaros

caen desplomados y con las alas extendidas, y la liebre muere á manos del cazador, y el jabalí es vencido por los perros, y el ciervo es atravesado por las balas, y la fiera rompe su cráneo en las rocas al despeñarse sin equilibrio y manando sangre de sus heridas.

Y siguen los perros corriendo y ladrando, y los látigos chasquean, y los caballos galopan, y otra vez suenan las trompas, y caen más pájaros, y mueren más liebres, y se vencen más jabalíes, y atraviesan las balas más ciervos, y ruedan más fieras entre feroces rugidos de rabia y de dolor.

Llega por fin la cabalgata á una pequeña planicie; los perros se paran sin querer seguir adelante; los caballos hacen cuarteo, los látigos no quieren doblegarse.

Se presenta con paso grave, seguro y acompañado un anciano de gigantesca estatura, canos los cabellos que coronan su cabeza blanca y larga su espesa barba, descalzos los pies, envuelto su cuerpo en un tosco sayal de rigidez, apretada su cintura por un grueso cordón de cañamo y pendientes de su cuello largos rosarios.

En el centro de la planicie hay una losa enorme, pesada: la escuálida mano del anciano levanta impasible la losa.

Llega danzando y riendo á carcajadas un joven delgado y pálido; una túnica blanca envuelve su cuerpo, y un birrete encarnado cubre su cabeza.

El anciano con ceño severo dirige una mirada terrible al joven, y con voz seca y ronca le dice:

—Tus días se acabaron: ven aquí, loco Febrero.

—Voy, *Tiempo hermoso*, pero deja que me despida.

Y se pone á bailar y á cantar de nuevo. Pero el anciano le coge del brazo y le arrastra hacia la tumba; la tierra se abre, el pobre loco se hunde, y cae la pesada losa.

Tiempo bendice la fosa, murmura algunos rezos, que son repetidos por los cazadores absortos ante aquel espectáculo, y desaparece.

Pasados los primeros momentos de asombro, sigue la batida; y de nuevo los perros ladran, y los caballos galopan y suenan las trompas, y los fusiles retumban y las fieras braman.

De improviso los ecos argentinos, penetrantes y armoniosos de un clarín van acercándose más y más; en los aires se dibuja la figura de una belleza sublime; los blancos dientes de su boca rasgan el tupido velo de la atmósfera; sus doradas trenzas despiden rayos de luz; de sus azules ojos parten chispas abrasadoras; su boca purpurina exhala torrentes de perfumes; su flotante y azul vestimenta, trasparente como la gasa y que deja entrever sus contorneadas formas, tiene dibujadas con oro las siguientes letras: MARZO. Sus dedos de marfil imprimen por todas partes con fuego las palabras *amor, perfumes*. De vez en cuando acerca á sus labios un brillante clarín de plata, produciendo notas armoniosas y llenas de melodía. Y tras de las notas se oye pronunciar con voz dulce y melodiosa la palabra PRIMAVERA.

Instantáneamente resplandece una brillante claridad, que deslumbra á la cabalgata. Disipase el resplandor: entre floridos ramajes, y rodeada de un arco luminoso de bellos y variados colores, se destaca la figura de Diana en traje de caza: á sus pies yacen reses muertas, sosteniendo un trofeo de armas: sobre su cabeza aparece una corona de ramos en que se trasparenta la palabra VEDA.

Las armas caen de las manos de los cazadores, y los cuchillos pierden su cortante filo, y los perros se amansan, y las trómpas emudecen, y las fieras se retiran á impenetrables bosques.

Apolo envía sus nítidos rayos desde su puro y brillante trono; los árboles y las plantas brotan hojas en abundancia; las flores abren sus cálices y embriagan de perfumes la atmósfera, extendiéndolos por medio de la juguetona y cariñosa brisa.

En aquel hermoso campo, ¡qué grande la alegría de los pájaros! ¡qué inmenso el placer de los moradores de los valles! El ruiseñor de pintadas plumas, el jilguero de encarnado casco, el urogallo de esplendorosa cola, los pájaros todos, saltan de enramada en enramada y de flor en flor, cantando sus amores y requebrando á sus hembras, en torno siempre de sus amados nidos. El ligero cervatillo trepa los riscos y recorre los valles cortejando á su hembra.

El reino vegetal crece, se desarrolla; el reino animal, poetizado con los amores, crece también, y se desarrolla, y se propaga para servir más tarde de felicidad y de provecho á los cazadores.

«Dejad que ahora gocen: mañana gozareis vosotros.»

Esto dijo Diana imperiosamente, y al oírlo los que componían la cabalgata, se retiraron tristes, pero con la esperanza de una felicidad no lejana.

J. SPINELLI.

CRONICA.

Solamente lo apremiante de la necesidad pudo decidirnos á repartir las dos láminas estampadas en la litografía del Sr. Peñuelas, y que no, por ser malas, nos han costado más baratas. No volverá á sucedernos, pues tendremos siempre trabajos adelantados, para que la ilustración de LA CAZA sea digna de los señores que nos honran con figurar en la lista de suscritores.

La lámina de este mes y la del próximo se repartirán juntas con el número de 31 de Marzo.

Los periódicos de Salamanca dan cuenta de haberse incendiado una cantidad de pólvora en casa de un vecino de la calle de Palilleras de aquella capital, dando por resultado la muerte de tres niños y dos mujeres, hiriéndose otras cuatro personas, que fueron sacadas de los escombros: dos casas quedaron completamente arruinadas, y sufrieron daños considerables las propiedades contiguas.

Se ha fijado en las esquinas de Paris la lista de los contribuyentes por el impuesto sobre los perros. La idea de esta contribucion, establecida hace años en Francia, data del siglo pasado. En 1770 el número de perros de todas especies llegó á ser tan considerable en el reino, que una estadística hecha por orden del gobierno, demostró la existencia de cuatro millones de esos animales. Habiendo notado que dos perros absorben tanta comida como una persona, se pensó que en las

épocas en que los víveres eran escasos y estaban caros, los perros consumían tanto como la sexta parte de la población, que era entonces de 24 millones.

Á consecuencia de estos cálculos se decidió establecer un impuesto de seis libras (24 rs) por cada perro, á fin de disminuir su número; pero esta resolución no se llevó á cabo entonces, y aunque ahora se efectúa no ha disminuido en lo más mínimo el número de perros.

Leemos en *El Porvenir Filipino* del 12 de Diciembre:

«En San Miguel de Mayuno han muerto instantáneamente dos hombres á consecuencia de la picadura de una culebra. La muerte fué tan instantánea, que sólo pudieron administrárseles los Sacramentos; y según el facultativo que los reconoció, las carnes entraron á las pocas horas en descomposición completa, notándose esta descomposición principalmente en el estómago.»

Copiamos de *La Correspondencia*:

«Dentro de breves días llegará á Madrid el general Ros de Olano, que se halla con sus hijos, los condes de la Almina, en la posesion de la Hunde, término de Ayora, provincia de Valencia. En esta posesion es donde el famoso cazador de Arganda, conocido por Chelin, mató hace pocos días, además de varias piezas mayores, una magnífica águila que ha llamado mucho la atención por sus colores y extraordinario tamaño.»

Refiriéndose á las cacerías en la Albufera de Valencia, dice nuestro estimado colega *El Museo Campestre*:

«La última tirada en este lago fué de las peores. El 1.º, que lo tiraba D. Manuel Cubells en el de *Fora els rochets*, mató tres pájaros. El señor baron de Ruaya y D. José Cubells, que tiraban el 2.º en la *Inglesa*, mataron diez pájaros. Don Eduardo Verdeguer y D. Manuel Artal que tenían el 3.º en el *Bisalevenc de Torre-en-torre*, mataron dos *foches* y un *pato*. El 4.º lo tiraban D. Enrique Bartrina y D. Vicente Albors en el de *Fora els reyets*, y mataron dos pájaros. El 5.º tuvo poca fortuna y el 6.º lo mismo. Los demás aficionados se divirtieron poco.

Hemos leído con el mayor sentimiento en un periódico lo siguiente:

«Estando uno de estos últimos días arreglando una escopeta un vecino de Córdoba, sin haber tenido antes la precaucion de quitarla el mistic, salió el tiro atravesándole una mano.»

Volvemos á solicitar de nuestros suscritores la renovacion del abono.

Por todo lo no firmado,
El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.